

La ingratitud de Europa

RENÉ VÁZQUEZ DÍAZ

A despecho de las ostensibles violaciones que los serbios han cometido en contra del pueblo albanokosovar, ¿cómo puede explicarse que amplios sectores populares europeos —incluido un valioso segmento de su intelectualidad— condenasen los bombardeos de la OTAN contra Serbia? ¿Se trata de un monumental caso de ingratitud hacia la organización que sacó la cara (y el puño) para defender los derechos humanos de un pobre pueblo agredido a un tiro de flecha del corazón mismo de Europa? A estas alturas del conflicto e independientemente de cómo terminen las negociaciones de paz, hay que preguntarse: ¿por qué los bombardeos de la OTAN contra un sátrapa de la calaña de Milosevic no han acarreado el agradecimiento general de los europeos? He aquí cinco factores que podrían ayudar a explicarlo:

La personificación del conflicto. Como los norteamericanos necesitan siempre un nombre y un apellido para simplificar los fenómenos demasiado enredados, nos han servido esta guerra como si fuera una acción contra un solo hombre. Pero la gente, sencillamente, no se cree la falacia propagandística de que un proceso de destrucción salvaje, que ha hecho retroceder a todo un país a un nivel de infraestructura inferior al de hace dos décadas, se puede achacar a la supuesta voluntad compactamente maligna de un señor solo, y muchos menos que iba en contra de él ("Hay que destruir a Milosevic") y no de todo un pueblo.

El norteamericanismo de la OTAN. Digamos que el mundo era un barrio dividido en el que dos gánsters se repartían, cada cual en su zona de intereses, el monopolio del crimen, la inseguridad y el apoyo abierto o encubierto a otros matones de menos monta que, por muy sanguinarios que fuesen, les convenían. Cuando el poder de uno de los gánsters se desmerengó todos suspiramos aliviados, creyendo que el gánster único se aplacaría, guardaría la metralleta y se avendría a las leyes de la civilización en aras de restablecer un orden que, al fin, no descansara en los designios del pistolero mayor y sus secuaces.

Europa no es boba. La OTAN ha actuado dominada y comandada por un ex gánster que carece de legitimidad histórica para erigirse en el paladín defensor de los pequeños pueblos agredidos. Olof Palme dijo una vez: "Un sindicalista encarcelado es un sindicalista encarcelado independientemente de que la cárcel esté en Guatemala, en Polonia o en Turquía. Un pueblo en llamas es un pueblo en llamas, independientemente de que los bombardeos para aterrorizar a la población se hayan llevado a cabo en El Salvador o en Afganistán." Milosevic no es ni más ni menos repugnante que Somoza, Pinochet, Videla o Fulgencio Batista; ni el ejército serbio ni los grupos paramilitares han emulado, en principio, la barbarie extrema de los escuadrones de la muerte de El Salvador o de Guatemala y los ejércitos que los cobijan, todos culpables de una sanguinaria (e impune) limpieza política al socaire y con el apoyo demostrado (y confeso) del ilustre matón que ahora saca la metralleta porque le parece correcto, al frente de una Europa frustrada políticamente y sin una política exterior común para enfrentar las crisis de seguridad en el continente. Los delitos contra la Humanidad, como las masacres y la eliminación sistemática de grupos enteros, no pueden medirse por la cantidad de ejecutados. Tampoco se les pueden dar más o menos prioridad por el lugar del mundo donde ocurran. Entonces, la gente se pregunta en los cafés de Roma y de París, y en las cervecerías de Alemania y Estocolmo: ¿Europa preconizará desde ahora la ideología norteamericana, que promueve la

limpieza política pero que castiga la limpieza étnica? ¿Ese es el cínico signo del fin de siglo que tan dramáticamente cerramos?

La OTAN como poder interventor al margen de la ley internacional. Optar por los bombardeos pisoteando la ONU es una vergüenza para la Humanidad. Palme decía que la paz es algo más que ausencia de violencia militar; es estabilidad en las relaciones entre los Estados basada en la observancia de los principios jurídicos. Una vez que éstos se violan, no pueden restaurarse violándolos todavía más, porque lo que se instaura es la sensación de que vivimos en un mundo al garete, cada cual actuando según la cantidad de metralletas de su pandilla y de su inmediata disponibilidad para usarlas, y no según las reglas jurídicas de convivencia universalmente aceptadas. Un año antes de que lo asesinaran a tiros, Palme dijo: "No son las Naciones Unidas las que no han estado a nuestra altura; somos nosotros quienes no hemos estado a la altura de los ideales de las Naciones Unidas." Esas palabras son conmovedoramente actuales y significan: hay que pasar del terror común a la seguridad en común; hay que evitar los conflictos y solucionarlos de común acuerdo según leyes inviolables que sean iguales para todos: los indios mexicanos y los negros, los chinos y los cubanos, los protestantes y los musulmanes, los poderosos y los desamparados. No hay otra alternativa. Cuando la CIA minó los puertos nicaragüenses, los EUA se burlaron olímpicamente del veredicto que dictó en su contra el Tribunal de La Haya. ¿Será que Europa no olvida esos "detalles", y por eso descrea del hermano norteamericano? En aquel entonces Olof Palme declaró: "Las operaciones secretas de agentes secretos que violan el derecho internacional no pueden garantizar la democracia. La democracia es humanismo y conciliación, y ni los escuadrones de la muerte son su mejor caldo de cultivo, ni la agresión militar contribuye a su florecimiento."

La variante de agresión elegida. El objetivo de toda intervención armada es aniquilar la capacidad militar del enemigo. Desproveerlo de todo lo necesario para la vida —electricidad, alimentos, medicinas, combustible, esperanzas— es la forma más cobarde pero también la más eficaz de lograrlo. La OTAN optó por la variante de guerra más sabia que se conoce: la de devastar al adversario sin pelear. Sin embargo, esta forma particular de devastación mediante bombardeos masivos, en los que los únicos obstáculos han sido los diecinueve gobiernos europeos y la meteorología, ha suscitado una repugnancia que se explica por el modo injuriosamente mentiroso con que la OTAN la ha justificado: a los efectos absolutamente normales del arrasamiento dinamitero sistemático desde el aire (matanzas de civiles, destrucción de edificios como hospitales o embajadas, demolición de fábricas y refinerías) se les llama errores o efectos colaterales, cuando en realidad todo el mundo sabe que esa desolación es la esencia misma del programa elegido. El único error de un bombardeo son las bombas descendiendo sobre los pueblos. Resulta imprescindible ser militar norteamericano (o llamarse Mario Vargas Llosa) para creerse el embeleso de que la táctica de arrasar las provisiones serbias, sus caminos, sus puentes, sus vías y fuentes de aprovisionamiento se ha efectuado clínicamente, quirúrgicamente, y no cobrando un precio inadmisiblemente de vidas inocentes. Aterrorizar a fuego y candela a la población civil para que ejerciese presión sobre su gobierno, ¿era también un efecto colateral o un objetivo militar? Ahora lo sabemos: era un objetivo militar más y se ha logrado esparciendo la desesperación y la muerte. Por otra parte, la determinación de la OTAN de sacrificarlo todo, incluso la victoria, a no sufrir bajas, engordará por largo tiempo la mentalidad de que la Europa opulenta debe matar, sí, pero sin arriesgarnos por nuestros ideales: los chicos de la OTAN pertenecen a una estirpe superior a los bárbaros del otro lado. ¿No será que en

esta limpieza desde el aire no valió la pena arriesgar el pellejo simplemente porque no hemos luchado por los supuestos principios que se esgrimen, sino por la misma antigua codicia y el mismo ánimo de dominación de todas las guerras, sólo que esta vez azuzados por una superpotencia que, al no ser capaz de calibrar las desventajas del uso de las armas de devastación, se muestra infantiloidemente proclive a sobre-valorarlas? Y lo peor: como las situaciones militares se definen más en virtud de la velocidad que de la superioridad (los golpes sucios tienen que ser rápidos), y los bombardeos son ataques a objetivos que carecen de defensa, los serbios se defendieron allí donde no hubo ataques: en la capacidad de resistencia y cohesión de un pueblo humillado, y la capacidad de respuesta de ese potencial sigue siendo inescrutable. Paradójicamente, la blasonería bombardera de la OTAN le ha dado un peligroso sabor de derrota a su indecente victoria. Esta guerra de desgaste para desarticular un ejército indeseable (pero no menos, repito, que los de Guatemala o El Salvador), dejan la mesa servida para interminables conflictos futuros.

4) El apoyo a una guerrilla separatista. ¿Qué sabemos del ELK? Que el jefe de las fuerzas estadounidenses en Albania, John Hendrix, asegura que la guerrilla "está mejorando día a día". Hoy sabemos en qué consistió el "mejoramiento" de la contra en Nicaragua; conocemos la barbarie de los mujaidines en Afganistán y sabemos qué monstruo engendró la ayuda norteamericana a la UNITA. ¿Hay alguien que se acuerde de la embajadora de los EUA en la ONU, Jane Kirkpatrick, cuando llamó a Jonas Savimbi "verdadero líder del mundo libre"? Europa ha hecho suya una doctrina desprestigiada y peligrosa, que a los ojos de millones de europeos ha convertido a un hombre de la comprobada integridad de Javier Solana en un gatillero sudoroso y persuasivo sólo en virtud de esa integridad y de su encanto personal, pero atrapado en un funesto laberinto de desinformaciones militares, presiones diplomáticas y guerra psicológica. Presentar una acusación en su contra, como ha hecho la diplomacia cubana, es sin embargo una expresión descabellada de revanchismo diplomático. Lo cierto es que mientras la OTAN finge mantener una distancia política de la guerrilla, el ELK mejora su capacidad operativa gracias a la larga y tenebrosa experiencia de los EUA en ese tipo de "asistencia". Sólo que el ELK no operará en la jungla africana, sino en Europa.

No, los europeos que han repudiado los bombardeos no son ingratos ni ciegamente antinorteamericanos; desprecian que les tomen el pelo, tienen memoria histórica y no se dejan manipular. Con el admirable potencial de su democracia, más que con su mentalidad de hampón, los EUA podrían jugar un papel constructivo en el siglo que viene. Su soberbia hegemónica se lo impide. Esta desdichada guerra, en la que la Unión Europea tiene una triste responsabilidad histórica, nos grita que viviremos en un nuevo siglo de inseguridad y nuevas barbaridades. Para ser viable —decía Olof Palme—, cualquier sistema de seguridad tiene que estar basado en la solidaridad; decir cooperación internacional es decir seguridad en común. Las disposiciones de la Carta de la ONU no son exhortaciones a la piedad sino instrumentos para la resolución pacífica de las controversias. En su momento, hubo voces que tildaron de ridículo a Olof Palme por sus consecuentes llamamientos a la solidaridad, el respeto a la ley internacional, la conciliación e incluso el perdón. Ahora se trata de atajar la sed de venganza generalizada en unos pueblos emponzoñados por la Historia, y de devolverle la dignidad perdida a la ONU encontrando un camino europeo capaz de oponerse a la fijación norteamericana con las armas. ¿Es ridícula la idea de que una de las soluciones posibles en los Balcanes sea una especie de perdón pactado que surja del diálogo en la ONU? La intervención a bombazos ha sido el mejor camino para promover la

sed de revancha, y ya dijo en alguna parte nuestro gran europeo, Jorge Luis Borges, que la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón.

El autor escribió el libro *La isla del cundeamor* (Alfaguara, 1995), y trabaja para El Centro Internacional Olof Palme, de Estocolmo.